

INFLUENCIA DE LOS VASCOS

EN LA

CIVILIZACIÓN ULTRAMARINA

Publicamos á continuación un avance de estudio, cuyas primicias han gozado los lectores del número extraordinario editado por La Euskaria y Eskual-Herria, con motivo del Centenario de la Independencia Argentina.

Abstenémonos de crítica alguna: se nos ha recomendado el trabajo, y nosotros, en nuestro afán de hacer de estas páginas un púlpito para todos, lo publicamos gustosamente, como haremos con todo cuanto se refiera á nuestra personalidad y asuntos vascongados. El Sr. Loyarte, antiguo colaborador de esta Revista, no necesita presentación alguna y los elogios creemos que han de surgir del público lector.

SUS FIGURAS—SU PRESTIGIO

NOs falta á los vascos, una historia verdad, una historia crítica de nuestros actos y de toda nuestra vida, desde la época prehistórica, hasta la moderna. Apenas podemos contar actualmente más que con trozos históricos de Vizcaya, trozos históricos de Guipúzcoa y de Álava. Y nada más. No existe nada serio, nada fundamentalmente histórico que pueda servirnos como fuente de investigación en la Historia general del País Vasco.

Pero aparte de eso, hay otra cuestión importantísima, acaso tan importante como la misma historia intrínseca, por decirlo así, del país euskaro, y es que tampoco se ha cuidado nadie de escribir una «Historia de los vascos en la civilización ultramarina»; obra que constituiría el mentís más rotundo para todos cuantos nos quieran hacer creer que los vascos hemos carecido de figuras de primer orden, de grandes figuras intelectuales, cuando si por algo puede alzar la frente erguida este país, es por haber dado á la Historia hombres sobresalientes, capacidades de verdadero relieve, cual ninguna ó muy pocas naciones.

¿En que se fundan nuestros acusadores para sostener afirmaciones de base tan falsa? ¿En la Historia? No. Porque la Historia les dice que tan sólo la figura de Urdaneta, es por sí sola lo suficientemente grande para ocupar el número uno, entre todos los números unos, de todas las figuras mundiales.

¿En la cultura moderna? No. Porque las épocas modernas les van demostrando á los cuatro vientos que tanto en la región de las ideas, como en la región del orden económico, el país vasco concurre con cerebros vigorosos y hombres de acción, á los más altos idealismos y á las más atrevidas empresas.

¿En qué se fundan, pues, nuestros controversistas para formular apreciaciones tan inverosímiles cuando se trata de nuestro país y de nuestra raza? Pues, sencillamente, se fundan en una ignorancia supina de nuestra verdadera historia y de nuestros preclaros varones. Ellos han leído infinidad de historias acaso, pero cortadas todas por el mismo patrón, y como no se han fijado en el detalle, mejor dicho, en ese destello luminoso que aparece á lo mejor en cuatro líneas que le dedica un Lafuente, por ejemplo—que de historiador no tienen más que la injusticia y la vulgaridad—; he aquí que hablan por lo que dice Mariana, por lo que dice Gebhard, por lo que dice acaso Castelar, ó Pi, olvidando que por encima de la respetabilidad y prestigio están las oscuras bibliotecas de los conventos, los polvorientos pergaminos de los archivos, la multitud de manuscritos, de cuadernos, de hojas polvorientas que guardan los apolillados armarios de las iglesias acaso más pobres del país.

Y que allí, entre cuatro paredes carcomidas por la acción corrosiva del tiempo, brilla siempre una y esplendorosa la verdad. Y que allí, en esos lugares tristes y humildes, es donde se encuentra la grande, la verdadera Historia y vida de los hombres eminentes del país vasco.

Pero ¿quién concurre hoy á revisar los archivos de las iglesias y conventos? ¿quién visita el caserío humilde donde nació tal ó cuál varón ilustre, para conocer al detalle sus actos todos y su vida?

He aquí el fundamento único por el que se nos trata con la tremenda injusticia que lo hacen la mayoría de los hombres que figuran entre el núcleo de los intelectuales. La ignorancia total de las cosas y personas del país vasco. La ignorancia de su historia. La ignorancia más supina en todo, absolutamente en todo, cuanto se trata de la vida

de nuestra patria. Y después de la ignorancia, la envidia, especialmente la envidia Castellana. El castellano ha odiado siempre al país euskalduna. Y ese odio lo ha exteriorizado siempre por nuestras cosas, rebajándolas ó atribuyéndolas á otros que no hayan sido vascos.

Solamente conozco en toda la Historia de España dos hombres que han hecho justicia al país vasco, pero justicia verdad, no política. Uno, en el periodismo y las letras; el otro, en la oratoria. Mañé y Flaquer, con su pluma de oro, desde las columnas del *Diario de Barcelona* y en folletos y libros voluminosos. D. Alejandro Pidal, con su maravillosa palabra, desde la tribuna del Congreso y en medio de un auditorio hostil.

Cánovas relataba las excelencias de nuestra patria, pero fué un pérfido y un curidioso. Toda su justicia fué la de reconocer la bondad de la legislación foral, para ir á Madrid y acuchillarla vilmente desde la *Gaceta*. En cambio, ninguno como el saber extranjero ha sabido colocar los méritos de la raza vasca y de sus hombres, á la altura que siempre ha merecido por su génio y su voluntad. Últimamente, un orador argentino y elocuentísimo, cuya oratoria en nada se parece á la latina, pero que ha demostrado ser superior á ésta, puesto que la oratoria latina es meramente verbalista, la del orador argentino ha desarrollado ideas de alto relieve, ese es el único que en estos tiempos de filosofía positivista ha dicho la verdad sobre el carácter vasco en la Argentina.

Ya es hora que lo nombre: D. Belisario Roldán. En la tribuna del Ateneo de Madrid, en ese Ateneo, abarrotado de concupiscencias, ha resonado muy fuerte la elocuente voz, para sostener que si la civilización ultramarina tiene alguna raza á quien debe agradecer su influencia, es, sin disputa alguna, la que debe figurar en primer orden, la raza vasca.

*
* * *

Pues bien, después de todas estas consideraciones, analicemos los caracteres que han concurrido en el vasco de la Argentina para influir tan decididamente en el curso de su civilización y, como consecuencia, veremos también sus figuras representativas.

La voluntad, ha sido la característica del vasco en la civilización ultramarina. Sin la voluntad férrea del vasco, nada se hubiese conseguido en la Argentina, principalmente en aquellos primeros pasos de

su colonización, donde todo se convertía en cuestiones de orden público, que degeneraban en sangrientas revoluciones.

Mientras la generalidad de los conquistadores reducían á sus conquistados al impulso de la fuerza bruta de las armas, el vasco arbitraba este recurso cuando su voluntad de alcanzarlo todo por el trabajo material, cuando su fe en la empresa que iba á acometer había fracasado, ó al menos cuando no podía recurrirse á algún otro medio. Su ambición de dominar no se parecía á aquellos de los que el gran filósofo Jaime decía: «entre los dos límites extremos la ignorancia del rural que solo mira el interés de su campo y la ciencia del filósofo se revuelve groseramente una turba de pseudosabios y filósofos despóticos que tienen la ignorancia del rural y la confianza del filósofo y de cuyas filas surgen los hombres más peligrosos y ambiciosos.»

Los vascos que colonizaban América, no eran ni filósofos ni sabios, sino sencillamente hombres de talento claro y de cultura práctica, que su ambición noble estribaba en poder alcanzar la felicidad de aquellos pueblos vírgenes. Tampoco veían exclusivamente el rico oro que en aquellas tierras se escondía, como lo hizo el mismo Hernán Cortés, que en la primera carta que escribió á la reina D.^a Juana y al emperador Carlos V, daba como noticia de mayor importancia «que aquella tierra era muy rica de oro porque á todos los naturales de ella lo habían visto traer puesto quién en las narices, quién en las orejas ú en otras partes».

Y viniendo como consecuencia de esta visión material de aquella gente, y de sus cosas, un afán tan desmesurado de importarlo todo á la Península, un orgullo tonto de cuajarse de oro en todas las prendas, vestidos, etc., etc., de los conquistadores, que poco á poco llegóse hasta el robo y el bandidaje; siendo de este modo el oro de América la pérdida del bronce del león español. ¡Qué diferencia la del colonizador vasco! Entraba en aquellas tierras para hacerse no mandatario, sino amigo del natural. Fundaba empresas para el desarrollo de la riqueza del país con los mismos americanos; daba á éstos las ventajas posibles y cuando la empresa acometida marchaba bien, iban á otra, pero siempre en compañía de los naturales del país.

Todo ello exigía grandes sacrificios en el orden material, y el vasco con su honradez y voluntad férrea, lograba vencer los mayores obstáculos que á veces parecían insuperables. Y poco á poco, demostrando extraordinarias facultades de colonización, el vasco ha traba-

jado no para invadir América y traerlo después todo á España, sino para prosperar allí mismo con el americano, no para robar, sino para trabajar en todos los órdenes, mirando siempre para la verdadera grandeza y prosperidad ultramarina.

*
* *

La seriedad ha sido en el vasco otro de los caracteres representativos. La mayoría de los cargos públicos han estado y están en manos de los vascos.

¿Cuántas presidencias de repúblicas americanas no han sido ocupadas por hijos del país euskalduna? ¿cuántos cargos de verdadera importancia, tanto en la política como en la administración de justicia, como en las grandes industrias y empresas americanas, no han sido los que han sido enaltecidos por vascos que colonizaban América?

Pues todo ello no se debía más que á su rectitud y seriedad. La seriedad del vasco, una vez colonizadas aquellas tierras, no se concretaba á ganarse el pan de cada día; menos todavía se ensañaba con los americanos para tratarlos á golpes y latigazos escudándose en la autoridad y fuerza que le daba su cargo, sino que los atraía, trababa amistad con ellos hasta el extremo de llegar á ser padre, maestro y organizador de cuanto en América se hacía.

Unamos á esto el valor, ese valor sereno, frío, impasible ante el peligro y las amenazas, ante las grandes aventuras y conquistas acaso frustradas por mil detalles incalculables, y con estos tres caracteres tendremos el tipo perfecto del vasco que ha triunfado en la civilización ultramarina. La patria quedóse «vacía», si así puede decirse, de hombres extraordinarios durante la historia de la monarquía española, pero lo mismo dentro de la península que en la pampa americana, el pueblo vasco ha sido uno, siempre uno; el pueblo vasco ha sido el pueblo de la voluntad, del valor y de la seriedad. Si actualmente fuéramos á introducirnos en la vida social, política y financiera de la civilización americana, ¿dónde encontraremos garantías más sólidas, reputaciones más justamente adquiridas, honradez más acrisolada, nobleza más verídica y real, vigor más fuerte, fuerza más irresistible y caracteres de raza más admirables, lo mismo en lo moral que en lo físico, lo mismo en los actos que en las palabras, en virtudes y ejemplos que en la raza vasca? ¡Ah! Patria euskara. Tú guardas una raza de sabios

legisladores, de navegantes, de políticos, de hombres de acción y de voluntad insuperables. Tú has dado al mundo la raza de la tenacidad y del hombre fuerte, y á pesar de sus grandes, de sus formidables empresas, todavía falta quien le haga justicia; todavía los «grandes» historiadores no te han tratado como tú lo mereces; todavía falta el hombre que surja potente de entre la multitud y arrojando á un lado la injusticia y al otro la pasión, proclame al pueblo euskaro con análisis metódico y crítico una de las razas más geniales de que Dios ha dotado á la Humanidad.

* * *

¡Ejemplos! ¡Ejemplos y caracteres representativos, como actualmente se dice! ¿Dónde tiene la Historia Universal un hombre más estupendo que el insigne Urdaneta, figura que casi se encuentra oscurecida? ¿Queremos un carácter representativo de la voluntad?

Pues ahí está Garay, tenaz y valiente, creando á Buenos Aires, echando sus primeros cimientos de esa gran ciudad abandonada por la imposibilidad de civilizarla por aquel español que se llamó Pedro de Mendoza.

Garay, por encima de todos los contratiempos, de todas las terribles embestidas, lo mismo de la Naturaleza que del salvajismo, no cejó en su empresa. Mil veces hubiese muerto asesinado por las tribus canibalescas de los indios, si á más de ser un hombre de voluntad, no hubiese tenido el valor y la habilidad que poseía.

Dice el historiador Funes, que se necesitaba toda la energía y la astucia del infatigable Garay, para someter a los indomables querandíes, y fundar algo estable en sus territorios, defendidos constantemente por aquellos salvajes con una bravura que raya en lo increíble. Al cabo de grandes luchas y de haber visto destruidas por los querandíes las casas levantadas por Mendoza, el 11 de Junio de 1580, el gran Garay fundó la actual capital de la República Argentina, con el nombre de Trinidad de Buenos Aires. No cabe un carácter representativo de la voluntad del vasco, más acabado que Garay.

¿Y de la seriedad? La figura noble y caballerisca de D. Bruno Mauricio Ibañez de Zabala, como dice un celebrado escritor, descuella entre los hombres de la conquista americana. Su gobierno fué de orden y de paz y supo reprimir enérgicamente los abusos y equilibrar sabia-

mente la situación financiera del Erario público. Otro conquistador que no hubiese sido Zabala, apenas se hubiese acordado de la recta administración de justicia, corregir y castigar fuertemente los desmanes que las más de las veces se cometen, cuando se entra en tierra conquistada, pero Zabala nunca consintió más que se llevara á cabo obra de buen gobierno, serio, metódico y justiciero.

En esas condiciones luchó contra todos los obstáculos que se le pusieron enfrente y desde el sentimiento religioso hasta la adhesión á la Monarquía, desde el castigo y la represión justa, hasta el impulso necesario para el desarrollo de la vida social, todo lo hizo el gran Zabala con gran talento, con energía, revelando con sus actos sus grandes aptitudes de conquistador y de gobernante. Tal fué su obra de la fundación de Montevideo, cuya acta fué levantada solemnemente en Buenos Aires el 28 de Agosto de 1726, fecha gloriosa, y desde la cual comienza la época de la paz, buen gobierno y esplendor, gracias á las acertadas disposiciones del insigne vizcaíno Zabala.

Y si estos datos de personajes tan ilustres no son más que ligeros chispazos que, á manera de fugaces relampagueos brillan entre los celajes de la gran Historia del pueblo vasco en la civilización ultramarina, es debido, sencillamente, á que nos falta espacio suficiente para extenderme lo que el asunto y su importancia merecen.

Pero falta todavía el personaje representativo del valor y ese nadie podrá discutirlo en un personaje tan valiente como el coronel del ejército uruguayo, Jerónimo de Amilibia. Este hombre, apenas conocido entre los vascos que habitan España, es uno de los hombres que, con su valor y arrojo temerario, ha contribuido á la defensa de las nobles ideas en la República Oriental, á las que llegó el 2 de Octubre de 1842. Desde entonces, apenas ha faltado Amilibia á ningún hecho de armas, ocurrido en el Uruguay contra sus malos gobiernos, desde el año 43 hasta los sucesos de Quebracho.

Compañero inseparable del general Bastarrica y el coronel Guruchaga y al servicio del general Blanco, uruguayo, también tomó parte en todas las revoluciones, mostrándose en todas ellas valiente hasta la temeridad, como dice uno de sus biógrafos.

Podríamos decir mucho más de este valiente militar, prototipo y representación acabada del noble valor del vasco, pero hemos de dedicar este último capítulo á esa multitud de vascos que con tanto tesón han intervenido en el curso de la civilización ultramarina y que con verda-

dero talento de gobernante han intervenido en todos sus aspectos, social, político, jurídico, literario, científico, militar, etc., etc.

Hélos aquí á granel, en tropel, sin orden ni concierto: Iturbide, hijo de vascos y primer emperador de Méjico; Mariano de Michelena y D. Manuel de Barcena, presidente de Gobierno en el mismo Méjico; Juan Larrea y D. Miguel Azcuénaga, formaron parte de la primera Junta de Gobierno de la República Argentina, y fueron presidentes de la misma el valiente general D. Justo de Urquiza y el doctor Evaristo Uriburu.

En la República de Bolivia gobernó desde el año 1840, que es cuando subió por primera vez al Poder el alavés D. José Miguel Velasco; en la República de San Salvador fué elegido Presidente el año de 1876, D. Rafael Zaldivar, reelegido en 1880 y 85. En la República del Ecuador fué también Presidente el general D. José M.^a Urbina; en Venezuela el doctor Andueza; en la República del Uruguay casi todos son vascos ú originarios inmediatos de vascos: Anaya, Orive, Aguirre, Chucharro, Ellauri, Gomensoro y más tarde Idiarte Borda y el doctor Irisarri.

En la República de Chile, desde 1826, casi todos sus Presidentes son vascos: D. Agustín Eizaguirre, R. Vicuña, y en 1871, D. Federico Errazuriz, autor de la reforma constitucional; en 1886, Balmaiceda, una de las figuras más sobresalientes de la civilización americana contemporánea y más tarde otro Errazuriz.

Todos ellos vascos. ¿Hay más? Sí, todavía hay más, muchos más, que los vamos suprimiendo para ser más breves. Pero no sin citar al librepensador de la República del Perú y á quien la Historia le llama gran hombre de Estado. Este hombre, descendiente de guipuzcoanos, es Simón Bolívar; el general Agustín Gamarra, que sofocó lo menos veinte revoluciones según cuentan los historiadores, durante los dos períodos que ejercía el Poder, el primero de 1829 al 33 y el segundo del 34 al 41; el literato y general de renombre D. Nicolás Piérola, Presidente de Gobierno; D. José Rufino Echenique, y otra multitud de hombres insignes, originarios y naturales del país vasco. Y si todavía analizáramos los actos llevados á cabo por hombres eximios pertenecientes á las distintas órdenes religiosas que civilizaban América, no un artículo, sino sería necesario un volumen de grandes dimensiones.

¡Vascos! hermanos nuestros, que con vuestra inteligencia lucháis en

esas tierras rebosando el nivel de todas las demás razas. Vosotros sois los fieles y dignos sucesores de vuestros antepasados. Y, al terminar este artículo, con motivo del Centenario glorioso de vuestra Independencia, yo os envío gustoso un saludo fraternal de adhesión y de cariño, condensados en dos gritos de entusiasmo que surgen potentes del fondo de mi corazón. ¡Viva la Independencia de América! ¡Vivan los vascos propulsores de la civilización americana!

ADRIÁN DE LOYARTE.

